

Capítulo 22 - Luces pálidas

- [Capítulo 22 - Luces pálidas](#)

Capítulo 22 - Luces pálidas

Tristán comenzó a jugar con su baúl como si tuviera un propósito, manteniendo las manos ocupadas para no pensar en lo que acababa de abandonar.

Cuando vio que ella se acercaba desde un rincón, casi fue un alivio. Shalini Goel era la más baja de todas las participantes, apenas cinco pies cinco pulgadas, por su estimación, y aunque tenía cuerpo compacto, el ladrón podía percibir que no era poridle: había músculo en su forma y callos en sus palmas. El mismo tipo que Guardia a veces tenía, aquellos que provienen de disparar con regularidad. Su cabello negro era largo, llevado en una trenza que bajaba por su espalda, y llevaba un anillo de oro en la nariz. Los tonos vivos de su ropa reflejaban dinero, incluso para un Ramayán, un pueblo cuya afición por el color era proverbial.

Una kurta verde - la túnica sin cuello al estilo de Someshwar - que terminaba por encima de las rodillas, acompañada de pantalones a rayas en blanco y amarillo, metidos en botas altas. Una faja roja como la sangre en la cintura sostenía dos pistolas, y una bandolera de cuero con cuernos de pólvora colgaba suelta a través de su torso, conectando un hombro con el lado opuesto. Shalini tenía el aspecto de una soldado, pero no se comportaba como una; eso a Tristan le parecía como alguien quien había sido entrenada, pero no adoptado ese modo de vida.

Y mientras la observaba, se dio cuenta de que ella también lo había estudiado a él.

“¿Tristán, verdad?” sonrió ella. “No creo que nos hayamos presentado correctamente.”

Decidió que su sonrisa era natural, sin falsedad. Shalini Goel le parecía una de esas personas afortunadas, bendecidas por Vespero con una alegría sencilla por la vida. Eso seguramente la hacía fácil de apreciar.

“Parecía un viaje largo hasta aquí, pero al final solo fue un breve paso, ¿no es así?” volvió a sonreír, con toda la confianza practicada.

Le extendió la mano para saludarse, y él lo hizo. Su apretón fue firme.

“Yo soy-”

“Shalini Goel,” dijo él, encogiendo los hombros ante su ceja levantada. “El rumor corre.”

“Supongo que sí,” se rió ella. “Y hasta pronunciaste bien su nombre. ¿Tienes...?”

Shalini dijo algo que no entendió del todo, en lo que él pensó que era Samratrava, la lengua más común en Someshwar. Tristan respondió con la única frase en esa lengua que había aprendido alguna vez.

“Los burdeles están bajando por el canal, con faroles rojos,” le informó.

Un destello de completa y absoluta sorpresa, y luego Shalini estalló en carcajadas. La risa fue contagiosa, hasta que él sonrió también mientras ella se golpeaba la pierna y se sujetaba el estómago.

“Oh dioses,” susurró el Ramayán. “Supongo que eso es una respuesta. ¿Cuánto te pagaron para contarles a los marineros?”

“Solo tres radizes por noche, pero incluía una comida,” dijo Tristan.

Lo observó detenerse, contar en su mente la equivalencia en la moneda de Sacromonte y la mayoría del Mar Trebiano, monedas que entendía mejor. El someshwariano imperial tenía algunos, pero en realidad se llamaban jala — sheshajala, para ser exacto — pero ni siquiera los someshwari usaban el nombre completo. Las monedas privadas de los rajás raramente eran aceptadas, dado que suelen devaluarse cuando el palacio o la campaña reciente se vuelven demasiado costosos.

“Entonces ni siquiera dos kupah,” musitó. “Espero que al menos haya sido una buena comida.”

—He tenido peores, se encogió de hombros el ladrón.

Y haber tomado las monedas le había dado una razón para mantenerse en Caballo Canal por la noche, permitiéndole seguir las llegadas y salidas de un almacén de Meng-Xiaofan, al que lo había enviado la Abuela para robar.

—Supongo que sí —dijo Shalini, perdiendo algo de su humor—. Parece haberte endurecido de maneras útiles.

Le tocó a él levantar una ceja en señal de incredulidad. Después de todo, ella había sido quien acudió a él, así que era ella quien debía hacer la propuesta.

—Tredegar está dirigido por los infanzones —le explicó Shalini Goel—. Y ambos sabemos que Xical es peor que una serpiente. Un hombre de la Sociedad del Leopard, en todos los aspectos.

—Nunca antes había oído hablar de ellos —admitió el ladrón.

—No esperes que un Sacromontano los conozca —comentó ella—. Izcalli llama a sus sociedades con nombres de animales de su tierra natal que representan características que desean emular, Tristan, pero en el Reino de Izcalli no hay leopardos.

Tristan parpadeó sorprendido.

—No son sociedades formales —dijo Shalini—. Cuando se ven obligados a reconocer su existencia, el Rey Saltamontes afirmará que se encargan de perseguir a los criminales que huyen fuera de las fronteras de Izcalli, pero en realidad lo que hacen es saquear.

Ella escupió de lado.

—Saldrán con los sacerdotes de las velas, atacarán aldeas desprotegidas en Someshwar o en las Repúblicas y las devolverán como a ganado —explicó Shalini.

Él hizo una mueca de disgusto, sin fingirlo en lo más mínimo.

—¿Por las velas?

Ella asintió y casi escupe como ella había hecho. El Reino de Izcalli había sido una de las naciones más fuertes surgidas tras la caída del Segundo Imperio, con tierras fértiles llenas de maravillas Antediluvianas y con un ejército potente, pero su unificación fue una labor sangrienta. Izcalli no fue el único en ello, pero lo que distinguía al reino era su gran dependencia de las luces del Primer Imperio para sobrevivir, y casi todas ellas estaban en tierra firme en lugar de en el firmamento. Durante las guerras, muchas fueron dañadas, lo que desestabilizó el intrincado sistema de dispositivos que regulaban la luz en Izcalli. Regiones enteras comenzaron a oscurecerse durante semanas, incluso meses.

Hasta que los hombres ahora conocidos como sacerdotes de las velas encontraron su solución: alimentar las máquinas con éter donde se debilitaban.

Hoy en día, Izcalli afirmaba que la era de sacrificios sangrientos, de asesinar hombres en altares para evitar que las luces se apagaran, ya había pasado. Que esas historias estaban muy exageradas, que era un acontecimiento muy raro, y que los avances en el entendimiento moderno del éter hacían esa barbarie obsoleta. Existían maneras más amables de mantener las 'velas' encendidas, sin necesidad de muerte ni casi dolor. Sin embargo, eso no había detenido las guerras florales que estallaban en las fronteras de Izcalli, y tales garantías por parte de los Reyes Saltamontes se recibían con escepticismo. Con buena razón, si Shalini decía la verdad sobre la Sociedad del Leopard.

—Son desechables —dijo el Ramayana—. Si los atrapan, se vuelven una vergüenza, serán considerados delincuentes o bandidos y los colgarán. Xical conocía muy bien esa brutalidad, sea lo que sea lo que se diga de él.

—Y hay mucho que decir al respecto —replicó Tristan con tono seco.

—Supuse que estarías de acuerdo —sonrió Shalini—. Ves lo mismo que veo yo: Ishaan y yo, somos tu mejor opción.

Él le dedicó una sonrisa en silencio, sin decir nada.

—Que Yong venga contigo también es un punto a tu favor —reconoció ella—, pero después de cómo Lady Ferranda hablado de ti, de todos modos habría hecho una oferta.

—Tú, —dijo él— y no Lord Ishaan. Me resulta interesante.

—No es una ofensa —le aseguró Shalini—, solo que él está un poco confundido en este momento. Ya habrás oído que nos cruzamos con el airavatan antes que ustedes.

—Y que un pacto fue utilizado para dar tiempo suficiente a tu tripulación para escapar —dijo Tristan.

Ferranda Villazur había mencionado que algo aturdió a la bestia lo suficiente para que pudieran huir. No hay duda de que fue un trabajo de pacto, y ya sospechaba que Ishaan estaba involucrado, pero confirmarlo consolidaba esa suposición.

—Hubo cierta resistencia —dijo ella—. Es difícil no enfrentarse a un monstruo de ese tamaño. Pero ya casi lo supera y estará en forma para mañana. Solo que, hasta entonces, estará bastante confundido. Es mejor que yo hable mientras él se recupera.

Hizo una pausa.

—Si tu preocupación es que yo haga promesas que él no pueda cumplir, no hay razón para preocuparse —le tranquilizó Shalini—. Él no está insensible; solo le toma un tiempo entender las cosas —todo lo que digo, lo digo con su aprobación.

Era tentador seguir jugando con ella, ver si podía obtener más información, pero eso era la avaricia hablando. Si tomaba demasiado antes de declinar, estaría dejando marcas en el terreno. Lo mejor era terminar esto ahora, añadiendo un poco de dulzura para mantener una buena relación.

—Es una oferta tentadora —dijo él.

—Pero —intervino Shalini—.

—Mañana no entraré en el laberinto —dijo Tristan—. Con nadie.

Ella golpeó los dedos contra el costado de una pistola.

—No es irracional proteger tus opciones —admitió con renuencia—. Y hemos tenido más tiempo para descansar.

Pero no era la respuesta que quería —y quizás incluso había esperado— así que ahora tocaba lo dulce.

—Yong no se negará si se lo pides otra vez —dijo Tristan—. Él no quiere esperar.

Shalini lo observó con interés.

—¿Es de eso de lo que estaban hablando ustedes?

—Mantenemos estrategias distintas —se encogió de hombros Tristan.

Salir de la conversación con otra oportunidad para una compañera que deseaba más que a él, y aún más importante, terminar con la sensación de haber "ganado". Conseguir que ella obtuviera una fuente de tensión entre él y Yong valía más que algunas palabras sobre un supuesto pacto o una charla trivial acerca de la Sociedad del Leopardo. La conversación permaneció cordial, y

Tristan sospechaba que ella quizás se habría quedado más tiempo si no hubiera visto algo: Brun se acercaba a Ishaan Nair. Shalini rápidamente se excusó y fue a sumarse a ellos.

Eso era otro en su tripulación —pensó el ladrón—. Brun era fuerte, leal —había respaldado a Tredegar contra Tupoc— y no tenía equipaje emocional. Era, en esencia, un reemplazo perfecto para Yarezi. Como ella, la Sacromontana rubia había causado pocas ondas y salido de los peligros con una reputación sólida. Y eso le incomodaba a Tristan porque Fortuna había llamado en voz alta al dios al que estaba atado. No seguía necesariamente que un contratista debiera ser parecido en naturaleza a quien lo contrataba —él tenía poco en común con Fortuna— pero un dios ruidoso debería serlo en sus dones, y sin embargo, no se escuchó ni un susurro acerca del contrato de Brun.

El otro hombre había navegado hábilmente en el juego de alianzas: se había unido a los infanzones cuando la oportunidad era buena, a través de las empleadas más influyentes de Isabel Ruesta, y luego se había mantenido cerca de Tredegar. Una mujer que habría masticado su propio brazo antes de levantar una mano contra un compañero, categoría en la que Brun se había asegurado de encajar. Ahora cambiaba de bando hacia los Ramayans, integrándose en un grupo más estable, pero sin quemar puentes en el proceso.

"¿Estás seguro de que su dios es el que hace más ruido?" murmuró Tristan, fingiendo bostezar.

"Sí," respondió Fortuna con sencillez. "Y él está siendo increíblemente de mal gusto al respecto."

No se dignó a profundizar más y él sabía que era mejor no preguntar. Hay algo que no cuadra en ti, Brun, decidió Tristan. Nadie que sigue sinceramente un sentimiento termina tomando todas las decisiones correctas todo el tiempo. El otro hombre estaba jugando un juego, eso tenía que ser.

Pero ¿cuál, y con qué propósito?

Ninguna respuesta se encontraría allí parado, sabía el ladrón, así que apartó la vista. Lo que sea que Brun buscara, si sus ambiciones iban más allá de la mera supervivencia, entonces sería algo que perseguir más adelante. Tristan tenía asuntos más urgentes que atender, tres en total. Francho era el más probable de tener otras ofertas, pero Tristan todavía buscaba a Vanesa primero. Era ella quien con su experiencia determinaría si sus intenciones eran viables.

La anciana se encontraba sola en una esquina, aparentando estar medio dormida. El médico de la Guardia le había administrado extracto de amapola para aliviar el dolor, pero Tristan había revisado los frascos y el hombre mantenía las dosis en el mínimo posible. Era lo mejor: a su edad, una dosis demasiado fuerte podría inducir un sueño del que no despertaría. Poco se había hecho respecto a su pierna rota, más allá de limpiarla y vendarla, pero no era por pereza del médico. La aireavatan había reducido la extremidad más allá de toda reparación, desgarrando músculos y tendones en su destrucción. La rótula estaba en tres pedazos y la hinchazón hacía casi imposible operar y detener el sangrado interno. El médico no tuvo otra opción que recomendar la amputación.

"De cualquier modo," le había dicho el guardia, "nunca volverás a usar esa pierna."

Vanesa se había... resistido ante eso. Tristan había pasado bastante tiempo como asistente de cortador para saber que esa reacción no era rara, pero fue sorprendentemente agresiva. Se volvió histerica por un tiempo, necesitando ser contenida hasta calmarse, y desde entonces había estado calmada. El relojero de un solo ojo estaba lo suficientemente despierto para notar cuando él vino y se sentó a su lado, aunque su rostro traicionaba su agotamiento.

"¿Es hora de almorzar?" preguntó Vanesa.

"Todavía falta unas horas," respondió Tristan.

De cualquier modo, nadie partiría en breve. Pensó que algunas tripulaciones quizás saldrían a inspeccionar los santuarios más tarde, pero dudaba que alguien comenzara a recorrer el laberinto hasta mañana. Primero querrían recuperarse y organizarse.

"Ah," murmuró ella. "Perdón. Mi mente ha estado divagando."

"Es bastante común cuando se toma extracto de amapola," le aseguró él.

Asintió, mostrando gratitud. Como si él no hubiera dicho simplemente la verdad.

"Una joven amable del Guardia está haciendo mis muletas," le contó Vanesa. "¿De un remo viejo, creo?"

Él guardó silencio.

"En fin," continuó Vanesa, "cuando terminen, podré echarle un vistazo a ese laberinto. Parece un lugar bastante interesante."

A veces, Tristan pensaba, la línea entre la bondad y la crueldad es tan delgada como un suspiro.

"Sabes que no te dejarán hacer eso," dijo en voz baja.

"Quizá no en alguna de estas compañías que se forman," replicó Vanesa, "pero seguramente—"

"Si entras en ese laberinto, morirás."

Interrumpió con la mayor suavidad posible, pero su voz no titubeó. Era una afirmación de hechos, no una conjetura. Tristan apenas había oído hablar de las pruebas que estos dioses del laberinto podrían poner, pero una anciana con un solo ojo y una pierna rota sería solo carne en la mesa. Vanesa frunció los labios, luego desvió la vista. Vio cómo las emociones cruzaban su rostro desgastado: frustración, ira, miedo. Y, al final del camino, resignación.

"Estoy muerta si permanezco aquí," afirmó finalmente. "El médico dice que tengo como mucho dos semanas, debido a la hemorragia interna en la pierna."

Por mucho que quisiera volver a mencionar la amputación, no era su lugar. Vanesa conocía los costos de su decisión; éstos le habían sido claramente explicados. Si pensaba que una muerte

lenta era mejor que perder su pierna, entonces era su elección hacerla.

“Podría haber,” dijo Tristan, “otra opción.”

Su mirada se dirigió hacia él, como si fuera atraída por un anzuelo. La esperanza que vio allí ardía, pues no había certezas en lo que él podía ofrecerle.

“¿Has echado un vistazo a la puerta?” preguntó.

“No,” admitió.

“Entonces, hagámoslo,” dijo Tristan. “Creo que lo encontrarás interesante.”

Se dedicó a ello de manera meticulosa. Primero tomó uno de los bancos de repuesto cerca de la cocina y lo acercó frente a la puerta, luego volvió por Vanesa. Ella tuvo que apoyarse en él, la mayor parte de su peso cargado por su apoyo, pero logró hacer que se sentara en el banco y ayudarla a bajar. Ella apenas prestaba atención para entonces, con su único ojo deslizándose por el arco de la puerta de hierro, o más precisamente, por los complejos mecanismos que la cubrían.

“No puedo distinguir dónde empieza,” susurró. “Oh, y algunas partes llegan hasta la puerta. Pistones, Tristan, ¿ves esos? Eso será maquinaria aetherica, a menos que tengan una máquina de vapor del otro lado capaz de funcionar indefinidamente.”

“¿Puedes entenderlo?” preguntó.

“Las cuadrículas son la clave,” le explicó Vanesa, con la vista fija en la puerta. “¿Ves cómo todo alrededor de ellas es derivado? Esas placas de metal son el equivalente funcional de palancas, o quizás más bien, un sistema de combinación.”

“Moviéndolas tendría un efecto,” afirmó Tristan.

Vanesa asintió.

“Exactamente,” dijo ella. “Claro que hay pocos marcas distintivas en ellas y no veo cómo alguien podría subir allí para activarlas con facilidad, pero—”

Hizo una pausa mientras la emoción se esfumaba lentamente de su rostro y se volvía hacia él.

“Es un rompecabezas interesante,” afirmó Vanesa, “pero no nos llevará ninguno de los dos a través del laberinto. No necesito una distracción, Tristan.”

Tú sí, pensó el ladrón. De lo contrario, ella simplemente languidecería sin remedio. Mejor aún, esto no era ninguna distracción en absoluto.

“Estoy en desacuerdo,” susurró Tristan. “Creo que esa puerta es precisamente la manera en que atravesamos el laberinto.”

Hizo un gesto hacia la puerta.

“El muro que la rodea no es el mismo que el del fuerte,” dijo. “Y la magnitud de la estructura en la que está incrustada es absurda.”

Mientras que la puerta descansaba en un pilar de piedra que llegaba hasta el techo distante de la caverna, quizás debería llamarse torre por su enorme tamaño. Midió al menos cien pies de largo de un lado al otro, en el vértice de la curva.

“Quizás sea una ruina del Primer Imperio,” encogió Vanesa los hombros. “No sorprende, considerando la maquinaria colosal que tenemos sobre nuestras cabezas.”

“No estás prestando atención a la parte correcta,” la reprendió Tristan. “El pilar está en perfecto estado. Sin embargo, este Viejo Fuerte se está desmoronando.”

La anciana lo miró, aún sin comprender.

“Fue construido mucho después, no por los Antediluvianos,” dijo el ladrón. “¿Y para proteger qué? ¿Una puerta que necesitaría diez baterías de cañones para ser destruida? Dudo que sea así. Y eso nos deja con solo...”

“Los santuarios”, dijo Vanesa. “El laberinto. ¿Crees que también es una adición reciente?”

“Lo creo,” asintió Tristan. “Y ahora surge la pregunta: ¿para qué sirve ese pilar, entonces? ¿A dónde lleva la puerta?”

El ojo solitario del relojero se inclinó hacia arriba, hacia las piezas de oro que lentamente se desplazaban sobre ellos, emitiendo un resplandor dorado y espectral.

“Incluso los Antediluvianos necesitaban mantener sus máquinas,” dijo Vanesa suavemente. “Por más perfeccionada que fuera su construcción, eventualmente se desgastaban.”

“Y también tendrían que encontrar una forma de llegar allá arriba,” susurró Tristan. “Creo que estamos viendo esa forma.”

Vanesa vaciló.

“No hay garantía de que allí arriba espere un camino a través de las montañas,” dijo.

Tristan podría haber añadido que incluso los Antediluvianos debían haber traído esas piezas de algún lugar, que si el laberinto de santuarios era reciente y un dios estaba vinculado a la puerta del otro lado, esa misma puerta podría ser igualmente una adición moderna, pero al final ella tenía razón: no había garantías.

“Es una apuesta,” admitió Tristan.

La miró fijamente a los ojos.

“Pero creo lo suficiente en esto como para evitar el laberinto,” dijo.

Tristan era como una rata: ¿podría haber una afirmación más contundente de alguien como él que arriesgar su propia fortuna? Su vida era lo único valioso que poseía. No dijo más, dejando que el silencio hablara por él. El Sacromontano sabía que ella estaría de acuerdo, porque, como Lan lo había visto, en realidad Vanesa no quería morir. Tal vez estaba resignada, pero si debía escoger entre la muerte segura al entrar en el laberinto como una lisiada solitaria y apostar todo a la puerta, ambos sabían qué elegiría ella.

Tristan no la apuró, dejando que tomara su tiempo en la travesía hasta quedar mirando su pierna destrozada. Había en su rostro una amargura que se hacía más frecuente en estos días.

“Bueno,” dijo Vanesa. “Supongo que ya no me queda mucho que perder.”

Ella suspiró.

“¿Solo nos quedamos tú y yo?” preguntó.

“Yo también quiero a Francho,” respondió inmediatamente la ladrona. “Y he reclutado ayudantes externos.”

“Por supuesto,” sonrió la anciana con cansancio. “Contad conmigo también como parte de vuestra banda. Espero ver qué surge de todo esto.”

Él habría preferido quedándose más tiempo con ella, pero ella lo despidió. Quiso observar la puerta sin distracciones, dijo, pero si él quería ser un querido, podía ver si conseguía tinta y papel para ella. Eso tendría que esperar, decidió, hasta haber hablado con Francho. El viejo profesor conversaba con Lan cuando lo encontró, mientras la comerciante de labios azules se retiraba molesta al verlo. Francho arqueó una ceja, pero Tristan rodó los ojos.

“No haré preguntas, entonces,” susurró el anciano sin dientes. “¿En qué puedo servirte, joven?”

“Responde algunas de mis preguntas, por una,” dijo.

“Si hubiera sabido todo el tiempo que solo hacía falta amenazar con una muerte horrible para despertar la curiosidad en mis estudiantes,” sonrió Francho, “quizá habría experimentado en esa línea en Reve.”

“Eso tal vez acortaría tu carrera,” respondió la ladrona con humor.

“Oh, matar es la menor de las ofensas que uno puede permitirse tras tener plaza,” dijo Francho. “El viejo Maestro de Música — ah, pero ya estoy divagando. Adelante, haz tus preguntas.”

Tristán pensaba regresar más tarde para escuchar aquella historia sobre el Maestro de la Música, pues prometía ser sumamente entretenida, pero tendría que esperar.

—Supongo que Lan se acercó a ti en nombre de Tupoc Xical —dijo el ladrón con tono astuto.

—La Izcalli es muy franca respecto a su deseo de conseguir carne de cañón —comentó Francho—. La honestidad de la oferta resulta algo admirable.

—No pareces morder el cebo —dijo Tristan.

— Pensé que sería imprudente antes de averiguar qué es lo que tú planeas —confesó el profesor con sinceridad—. No pareces unirme a nadie, lo cual me hace preguntarme cuáles son en realidad tus intenciones.

—Hay un misterio en los huesos de esta prueba —dijo el ladrón—. Quisiera desenterrarlo.

Francho lo observó pensativo, chupándose las encías con calma.

—La puerta —dijo—. Tú deseas abrirla.

—Una tarea en la que un historiador podría ser de alguna utilidad —explicó Tristan—, sobre todo uno con oídos atentos.

La referencia a su acuerdo no era particularmente sutil, pero tampoco demasiado evidente. Y, de alguna manera, él también quería contar con Francho de su lado, si bien no necesariamente por necesidad absoluta. Si la puerta fuera fácil de abrir, la Guardia ya lo habría logrado. Tener a alguien que pudiera escuchar lo ocurrido alrededor del gran pilar, desentrañando las partes del rompecabezas que descubrieran, sería de gran valor. Desde su perspectiva, eso aumentaría notablemente las probabilidades de éxito.

—Una oferta interesante —finalizó Francho.

No era una aprobación, pero tampoco una negativa. A diferencia de Vanesa, aquel viejo profesor quizás pudiera sobrevivir a la exploración del laberinto; los riesgos eran elevados, especialmente si entraba en compañía de alguien como Tupoc.

—Piénsalo —dijo Tristan con sencillez—. No iré a ningún lado.

Pensaba que sus posibilidades eran buenas. Podría saber al concluir el día el tipo de equipo con el que iba a trabajar.

—

Maryam reapareció apenas una hora después y evitó hablar de dónde había estado. Todavía no había señales de Beatris, lo que le llevó a reconsiderar cómo conseguiría ojos en la tripulación de Angharad Tredegar, pero antes de que respondiera esa duda, había otra conversación que quería tener.

—No mientras haya gente —susurró Maryam—. Especialmente la Guardia.

Así, esperaron hasta la noche para encontrarse, aunque la tripulación de Tupoc e Ishaan salió a inspeccionar los santuarios. Por el contrario, Tredegar parecía prepararse para el combate:

armando formación, preparando las armas.

Una hora antes de que la Guardia apagara las linternas, Francho se acercó a él.

—Si no lleva a ningún lado, tendré que recurrir al laberinto —advirtió el viejo profesor.

—No te solicitaría otra cosa —respondió Tristan—.

Y así, solo quedaban dos piedras por voltear.

—

Tristán consideró la primera noche como uno de los engaños más intrigantes que la gente se cuenta a sí misma.

Se encontraba en una intersección vibrante entre necesidad, tradición y control. Los hombres deben dormir, solo pueden mantenerse despiertos por un tiempo limitado, por lo que necesariamente el día debe tener un fin: una noche en la que se permita descansar. Sin embargo, en la mayor parte de Vespe no existía un límite natural que delimitara esto, solo algunos viejos vestigios de los Antediluvianos sostenían esa idea en realidad. La responsabilidad de delimitar noche y día recaía, por tanto, en los hombres, en la creación de esa separación, y allí se tornaba la mentira más fascinante.

¿Se consideraba noche un tramo de horas solo porque tus padres así lo habían dicho? La tradición tiene peso, sin duda. Si creciste en un horario en el que permanecías despierto en ciertos momentos y dormías en otros, quizás ni cuestionabas esa norma. Pero esas horas no eran iguales para todos, ¿verdad? La mitad de los mineros del Trincherón vivía durante la “noche”, en pequeñas localidades fuera de las murallas de Sacromonte, que funcionaban en un ciclo temporal diferente al resto de la Ciudad, y no eran los únicos. Además, esa decisión no estaba fundamentada en la tradición, pues ¿quién escogería trabajar en el infierno del Trincherón?

Eran aquellos con poder quienes habían establecido las líneas, los límites. Fueron ellos quienes decidieron cuándo las luces de los faroles se atenuaban y cuándo ardían, cuándo los hombres trabajaban y cuándo descansaban. Abuela le había dicho una vez que, hace unos cuarenta años, Los Seis — los infanzones de los infanzones — intentaron robar una hora de la noche. Querían mantener abiertos los muelles y los mercados por más tiempo, pues eran las arterias de la riqueza en la Ciudad y, tarde o temprano, toda la fortuna de Sacromonte llegaba a manos de Los Seis.

No lo anunciaron ni lo difundieron, sino que lo ocultaron como algo natural: las luces permanecieron encendidas, los turnos se ampliaron. Los relojes públicos fueron manipulados o desmantelados para repararlos, dejando a la gente medir el tiempo con la vista, y los pocos conspiradores pensaron que, si esto duraba sin que nadie lo notara, podrían robarles una hora completa a los muchos. No funcionó, le había dicho Abuela. Las personas con poco siempre notan cuando les quitan algo.

Alrededor de tres mil personas murieron en los disturbios del Canario, después de que la multitud comenzara a asaltar las mansiones de los nobles y la Guardia respondiera con cañones de órgano

y disparándolos hacia la multitud.

Luego, ante el temor de que fuera un desastre inminente, Los Seis colgaron a una docena de cabecillas acusándolos de haber recibido dinero de las Repúblicas — ¡todo un complot extranjero! — y tras ese acto de fuerza, se retractaron rápidamente. La debacle con el “tiempo robado” fue acusada a una sola familia, la Casa Arlagon, que fue exiliada mientras Los Seis protegían una vez más los derechos de los buenos habitantes de Sacromonte. La hora volvió a su lugar, todos los relojes fueron misteriosamente reparados en una semana, y el mundo entero quedó satisfecho.

Y los infanzones comenzaron en silencio a construir pueblos de obreros fuera de las murallas, donde criminales y deudores aceptaban que el día y la noche fueran lo que sus superiores dictaran.

“¿Cuál fue la enseñanza de esa historia?” había preguntado Tristan a Abuela.

“No existe la noche,” le respondió ella. “Pero mira la tormenta de violencia que desató cuando los hombres intentaron cambiar su extensión. Una mentira antigua es algo poderoso, Tristan. Aprende a usarlas.”

Para el muchacho que era cuando tuvieron esa conversación, significó poco. Pero a medida que fue creciendo, las palabras empezaron a adquirir sentido. No era un secreto ni un engaño que Abuela trataba de enseñarle, sino una perspectiva: las cosas que se dan por sentadas, los cimientos sobre los que descansa Vesper, no deben ser ignorados ni con un ojo escéptico. Las cadenas que atan a los hombres seguramente son las que nunca ven, ni piensan en resistir. Tristan no era un confederado, para planear la liberación sangrienta de Sacromonte con un cuchillo de carnicero en su regazo y un círculo rojo cosido en su pecho, pero no soportaría ser propiedad de alguien. Por eso aprendió a mantener los ojos abiertos, a olfatear las mentiras.

Y esta Prueba de las Ruinas, echaba a perder.

Era suficiente para obligarlo a mirar atrás, a todo el Dominio de las Cosas Perdidas, y preguntarse qué es lo que la Guardia realmente deseaba de este lugar. Había llegado aquí confiando en una base de certezas: los negros utilizaban las pruebas para reclutar a profesionales pero irregulares, mientras enriquecían sus bolsillos dejando que los nobles los usaran como campo de pruebas. Tal vez también con un poco de postureo, un recordatorio no dicho de que, al terminar las pruebas, los infanzones, que solían considerarse superiores unos a otros, solo tenían como resultado ser la base y el núcleo de la Guardia.

Solo los números no sumaban.

Aunque Tristan estuviera dispuesto a ignorar cómo se elegían los que participaban en las pruebas — y no lo estaba, especialmente cuando tenía que preguntarse si realmente los negros quitan estarían interesados en la mitad de las personas que habían pagado para subir a la Bluebell — había una discrepancia mayor detrás de todo ello: dinero. ¿Cuántos infanzones, cuántos candidatos a los juegos rojos, se enviaban cada año? Posiblemente suficientes para mantener a un viejo engranaje como la Bluebell y a la otra nave que la primera oleada había puesto en marcha, con sus tripulantes pagados, pero no mucho más. Luego, la Guardia tendría que pagar y alimentar a la guarnición en el Dominio, abastecer y mantener sus fortalezas, y defenderlas contra los cultistas

del Ojo Rojo.

En la suposición más generosa, si un centenar de personas acudían al Dominio cada año y la mitad de ellas sobrevivían para convertirse en Guardia — una conjetura muy optimista — entonces, tras descontar las pérdidas por enfermedades, dioses y cultistas, los negros quitas no podrían estar reclutando más de una docena de nuevos efectivos en neto. Y, por esas diez o doce incorporaciones, estarían tiñendo su registro de rojo. Había pensado que esto explicaba las semillas y los productos comerciales que Maryam y él habían averiguado en los muelles: la Guardia intentaba obtener algo de oro de aquel lugar y tal vez reducir sus bajas mediante sobornos.

Pero ahora llegaban a la Prueba de las Ruinas, un horror de dioses muertos y moribundos bajo una máquina de éter del Primer Imperio que debía valer una pequeña ciudad. ¿Por qué no desmantelaron esa cosa y la vendieron para hacerse una fortuna? Si temían tanto a los dioses del laberinto como para amenazar a cualquiera que contrajera un pacto con uno sin reportarlo, ¿por qué no llenar este lugar de percusión negra y prenderle fuego a la mecha? No, algo más ocurría aquí, más allá de que la Guardia dirigiera una operación de reclutamiento desafinada.

Y en lugar de correr por el laberinto con el resto, Tristan Abrascal iba a descubrir qué era aquello que los negros quitas sabían y los demás no.

El primer paso hacia eso, en un giro poco habitual, no era del todo difícil. Había una persona que sabía más sobre esas pruebas de lo que debería, y ya estaban preparados para hablar. Maryam había prometido, en un instante de arrebató cuando parece que el airavatan los iba a matar, que tendrían una conversación. Era mejor mantenerla alejada de miradas indiscretas, aseguraba ella, así que Tristan utilizó una vieja mentira de la forma más sencilla: esperaron a que la noche hiciera que todos se durmieran. No todos los trucos tenían que ser audaces o brillantes.

Se encontraron en uno de los baluartes en ruinas, bajo un techo medio derruido, rodeados de mampostería suelta. Los negros quitas no patrullaban realmente: observaban desde lo alto de los muros y, a veces, recorrían la fortaleza para vigilar el patio, pero no mostraban interés en los rincones y recovecos del Viejo Fuerte. No tenían miedo a los animales o a las lemures, decidió Tristan. Dado el entusiasta discurso del Teniente Wen sobre dioses devorándose unos a otros, sospechaba que quizás no hubiera ninguno por allí.

Maryam entró unos pocos latidos después de él, con la mano en la daga al lado de su cinturón, mientras sus ojos azules escudriñaban la oscuridad. Él se apartó del piedra en la que había estado recargado, pasando bajo el techo roto y los rayos dorados que caían de él. Sus hombros se relajaron.

—Sabes —dijo Maryam—, si otra persona me hubiera pedido que me escondiese en un rincón oscuro después de que todos se durmieran, quizás habría pensado que tenía intenciones.

Él arqueó una ceja.

“¿Pero no yo?”

Ella rodó los ojos.

“No soy ciega, Tristan,” dijo. “Tú estás tan interesado en las diversiones en la cama como yo en coleccionar mariposas.”

“Un pasatiempo tradicional, aunque en su mayoría sin sentido,” replicó él.

No especificó a cuál se refería, pero por la sonrisa que esbozó ella, había notado con claridad. Aunque no le gustaba disipar el buen humor tras un comienzo tan agradable, no había venido aquí por el placer de su compañía. Al ver el cambio en su expresión, la propia Maryam dejó escapar la alegría.

“¿Y ahora pago mis obligaciones, sí?” preguntó.

“No quisiera husmear en tus secretos personales,” afirmó Tristan, “pero tengo preguntas y tú respuestas.”

Ella desestimó sus palabras con un ademán.

“Elegí mi camino en las llanuras y no lo voy a retractar ahora,” dijo Maryam. “Existen límites en lo que puedo revelar, pero dentro de ellos no me doblegaré.”

“Murmuraste,” susurró Tristan, “que este año no era como los otros. Que algunos de nosotros estaban destinados a algo más que simplemente unirse a la Guardia.”

Maryam asintió lentamente, considerando sus palabras — ¿tal vez negociando promesas? — y al final respondió con una pregunta.

“¿Qué te parece extraño de los pasajeros del Bluebell?”

Él ladeó la cabeza. Había reflexionado mucho sobre ese asunto, ahora que disponía de tiempo y de más información para masticar.

“¿Tú y Leander Galatas ambos poseen Signos,” dijo él. “Y no del tipo que una bruja callejera usaría, con pociones y maleficios. Los verdaderos Signos, esos que emplean los Navegantes. Eso es algo raro y muy valioso.”

Ella asintió animadamente.

“Además, hay demasiadas personas con contratos,” añadió después de un momento. “Parece que al menos la mitad de los extranjeros los tienen.”

Zenzele Duma sí los tenía, e Ishaan Nair también. Lo mismo probablemente aplicaba a Tupoc Xical, y Tristan dudaba seriamente de que incluso un bailarín espejo pudiera ser tan rápido como Angharad Tredegar sin algo de ayuda. Sumemos a Song, Acanthe Phos, Isabel Ruesta, Brun y Francho — y además el rumor de que Remund Cerdan también tenía uno. Los números eran inquietantes. Aunque no todos estuvieran ocultando un contrato — lo cual temía — de los treinta y tres en el Bluebell, al menos doce tenían contratos, incluyendo a él mismo y a Marzela. Era una cifra asombrosa incluso para quienes aspiraban a ingresar en la Guardia.

Alguien podría pasar toda su vida sin encontrarse con tantos contratistas, y mucho menos en la misma habitación.

“Todos los que califican están siendo evaluados para determinar si merecen una inscripción especial,” le dijo Maryam. “Incluyéndote a ti.”

“¿Inscripción especial?” presionó él.

“No puedo hablar de ello,” admitió ella. “Rozaría los límites de un acuerdo solo con decirte esto.”

Como había sospechado, su anticipación venía acompañada de condiciones. Solo reforzaba la idea de que la persona con quien hablaba era la indicada para encontrar el hilo que debía tirar, porque la sospecha más probable respecto a la interlocutora de Maryam era la Guardia o, al menos, algún miembro de ella.

“Supiste de esto antes de venir aquí,” decidió, observando su rostro. “¿Qué hace que este año en particular sea diferente a los demás?”

“El momento,” dijo en voz baja. “Una oportunidad que no se repetirá.”

Tristan paseó una mano por su cabello, frustrado por lo vaga que era ella, aunque casi seguro de que no lo hacía a propósito. Ella lo llamó un ‘acuerdo’, lo que detuvo su lengua, y eso implicaba que había alguien en el otro extremo del trato — no era un juramento, sino un trueque pactado con otro. Alguien que quizás le importara si ella rompía las condiciones.

“La Krypteia,” dijo él. “Las Máscaras, mencionaste que querían algo de mí. ¿Sabes qué es?”

Había un centenar de nombres para los agentes de la Krypteia, los más secretos de la Guardia, y tantas leyendas sobre cuál podría ser su propósito. La mayoría decía que spy y asesinos, aunque otros afirmaban que vigilaban a los propios guardianes. Sea cual fuera la verdad, su reputación por su ferocidad y secrecía no era mentira. Tal vez no fuera nada bueno que de algún modo hubieran llamado su atención. Maryam lo observó durante un largo instante, con sus ojos azules escudriñando, antes de soltar un aliento sorprendido.

“Así que realmente no sabes,” dijo en voz baja. “No es lo que ellos desean, Tristan, eres tú. Ellos son el Círculo que te recomendó.”

¿Eso significaba que todos los recomendados tenían—no, eso no era tan importante como el hecho de que, por alguna razón, aparentemente había llamado la atención de las malditas Máscaras?

“¿Estás seguro?” logró preguntar.

Maryam se inclinó hacia adelante, visiblemente preocupada.

“Tristan, los otros recomendados tenían un nombre con ellos,” dijo. “La persona que hizo la recomendación. Todos, excepto tú: la tuya solo llevaba un sello de cera con el símbolo de la Krypteia. No sé cuán alto están en su jerarquía para que puedas usarlo, pero no es de los bajos.”

Ella hizo una mueca.

“¿Me estás diciendo que no tienes idea de quién pudo haberlo hecho?”

“Sé quién gestionó que me asignaran un lugar en la Azucena Azul,” admitió. “Pero nunca estuve segura de que ella formara parte de la Guardia. Nunca lo ha afirmado y nunca la he visto con una capa negra.”

Pero, ¿qué tan probable era que la Abuela se pusiera una de esas si realmente formaba parte de la Krypteia? El resto de la Guardia se presentaba con capas negras que, como una bandera, recordaban a todos lo que defendían, pero las Máscaras son espías. Lo último que quisieran sería ser anunciadas.

“Podría ser que ella conozca a alguien en la Krypteia,” dijo Maryam, aunque sonaba dudosa. “Quizá convocó un favor antiguo.”

Antiguo era la palabra correcta, porque la Abuela tenía al menos setenta años a pesar de mantenerse ágil. Podría estar jubilada, pensó. ¿Podían jubilarse las Máscaras? No lo sabía. Tristan sintió cómo su mente empezaba a dar vueltas, picoteando en todos los misterios que no podía esclarecer, así que se obligó a seguir hablando.

“Cuéntame sobre Song Ren.”

Era una suposición a medias, basada en algunos detalles que había notado en ese debate intenso sobre quién debían linchar por el asesinato de Jun, pero la expresión de sorpresa nostálgica en su rostro le dijo que había acertado.

“La conocí antes de los juicios,” dijo Maryam. “Está aquí por la misma razón que yo.”

“¿Y cuál es esa razón?” preguntó, sabiendo cuál sería la respuesta.

“No puedo hablar de eso sin romper mi acuerdo,” respondió ella.

El ingreso especial, pensó. Esa era la clave del secreto, tanto para ella como para Song. Pero, en cierto modo, eso era decepcionante, pues era una exclusión temporal, un añadido a la gran verdad del Dominio de las Cosas Perdidas. No le ayudaría a descubrir la verdad sobre este lugar.

“¿Cuánto sabes realmente sobre estos juicios?” preguntó en voz baja.

“Más de lo que debería,” dijo Maryam, luego frunció el ceño. “Menos de lo que probablemente piensas. Puedo decirte que la mayoría de quienes hacen un trato con un dios del laberinto terminarán ejecutados—me advirtieron específicamente en contra—y que el santuario más allá de las ruinas es una fortaleza al otro lado de las montañas.”

Él levantó una ceja, invitándola a continuar.

“Mi fuente fue vaga sobre la Prueba de la Hierba,” admitió ella. “Pero se supone que elimina de la Guardia a los casos rebeldes y problemáticos.”

Tristán mordisqueó su pulgar, pensativo. Primero, la aparente superficialidad de lo que ella había dicho, en contraste con el énfasis puesto en ciertos detalles. Si tuviera que apostar, alguien con toda la información le habría dado un esquema general y resaltado los peligros que podrían costarle la vida. Tiene que ser la Guardia, pensó. Los Infanzones no sabrían nada sobre la tercera prueba, ni les interesaría conservar intacto el propósito del procedimiento—la suposición más obvia por la cual la información que le habían proporcionado era vaga. Suficiente para diseñar una estrategia, pero no mucho más.

En segundo lugar, estaba cada vez más convencido de que la Prueba de las Ruinas era el núcleo de toda esta empresa. ¿Eliminar a los rebeldes y casos problemáticos? Eso parecía un apéndice añadido al final del camino, para que los oscuros no se quedaran atrapados con personas que no quisieran en sus filas. Lo cual significa que las partes importantes están aquí y dentro de la Prueba de las Líneas, pensó.

“¿No te interesa en absoluto el laberinto, verdad?” repentinamente dijo Maryam. “Pensé que quizás solo usabas tu reputación, esperando una mejor oferta de uno de los grupos, pero no eres tú quién tiene en mente.”

“Finalmente tendré que adentrarme en el laberinto,” reconoció Tristan.

Si no, sería la manera más rápida de deshacerse de Cozme Aflor y los Cerdan. No le preocupaba poder unirse después, puesto que, tras comenzar a aumentar las bajas, todos los equipos de exploración buscarían nuevas víctimas. No ganaría su simpatía, pero a mí qué me importa eso. Aún así, pensaba atravesar ese laberinto por la puerta, no por la que la Guardia le había indicado.

“Pero mantener mi atención en ello me parece como vedar el canal por la barcaza,” continuó. “Este lugar existe por una razón, y este juego no es esa razón.”

“Eso será asunto de la Guardia,” le advirtió ella.

“También será asunto mío, mientras la Guardia exija que participe en esta prueba,” respondió Tristan.

Maryam se alejó caminando, cruzándose de brazos al detenerse. Desde atrás, la luz caía, dorando su silueta mientras las sombras ocultaban la forma de su rostro.

“No vas a dejarlo pasar.”

Ninguno de los dos fingió que eso fuera una pregunta. A través de las sombras, él le encontró los ojos sin parpadear.

“¿Sí?” le retó. “¿De qué sirvieron las advertencias cuando el airavatan nos cazó? Tú estás en el mismo juego que el resto, Maryam. Sus secretos tienen tantas probabilidades de matarte como a cualquiera.”

Durante un largo momento, permanecieron en silencio, hasta que finalmente ella movió su cabeza ligeramente.

“Hay otra máquina de éter por aquí,” le indicó Maryam. “Se puede usar para observar partes de la isla en grandes paneles de oro—es como hacen sus informes, aunque se dice que hay limitaciones. Tendremos que ser cautelosos.”

“Nosotros,” dijo, y en ese instante un peso se apartó de sus hombros. Maryam se apartó de la luz, y el oro se deslizó de su vestido. Quedó en el aire entre ellos un vacío fantasmagórico, pintando los escombros. Vio la duda en su rostro, pero no dijo nada, dejando que ella decidiera cuándo hablar, a su tiempo.

—¿Tu apellido? —dijo Maryam—. Lo mantienes en secreto por alguna razón.

Pensó que ella había sido, en realidad, amable en sus palabras. Si simplemente contestaba que sí, la conversación terminaría allí, pero la puerta quedaba abierta si quería decir algo más. Y era tentador poner fin a la charla, pero el ladrón contuvo su impulso. Ella había, el día antes de que nuestro grupo intentara atravesar el puente, insinuado que podría ayudarlo con su venganza. Tristan había decidido comenzar a investigar los secretos de la Guardia porque podrían costarle la vida, lo cual hacía aún más difícil aceptar el hecho de mantener a Maryam en la sombra en aquel momento. No tanto por incapacidad, sino porque, en realidad, no quería hacerlo.

No después de todo lo que le había contado, incluso si esos secretos no eran propios de ella.

—No puedo estar completamente seguro —dijo Tristan—, pero creo que Cozme Aflor podría reconocer el nombre de Abrascal.

—¿Es común? —preguntó Maryam.

—Solo en cierta medida —indicó él—. Aunque solo nos conocimos unas pocas veces cuando era niño, él conoció a mi padre durante dos años.

La mujer de ojos azules asintió lentamente, sin preguntar, lo cual, irónicamente, le hizo querer decir más.

—Hay una razón por la que está en el fondo de mi lista —murmuró Tristan—. Al final fue él quien apretó el gatillo, pero ya habían matado a mi padre mucho antes.

—Casa Cerdan —susurró ella.

Asintió con la cabeza.

—Sacromonte —comenzó él, pero se detuvo.

Era difícil de explicar a alguien que no pertenecía a la Ciudad.

—No tenemos un rey —dijo—. Y los Seis, en principio, no son diferentes a otras casas. La mayoría de sus privilegios son ceremoniales. Sin embargo, son los Seis quienes nos gobiernan, desde hace tantas generaciones como puede recordar cualquiera, y toda nobleza en Sacromonte anhela sentarse en su lugar.

Pasó una mano por su cabello.

—Solo unos pocos se acercan —dijo Tristan—, y los Cerdan son uno de ellos. Pero parecen no poder lograrlo. Tienen la sangre suficiente de antigüedad, poseen tierras en abundancia y generan muchas monedas, pero carecen de aquello que permite a los Seis mantenerse en la cima —como los contratos para los Arqueros, o las cámaras de feracidad para los Calzada.

Sonrió tenuemente.

—Así que han estado intentando cerrar esa brecha —afirmó—. De manera silenciosa, para que los demás no lo noten. Pero la sutileza es casi lo único que han dibujado en la arena.

—¿Qué hicieron, Tristan? —preguntó ella en voz baja.

Él apartó la mirada, apretando la mandíbula, recordando cómo su padre parecía tan agradecido cuando Cozme apretó el gatillo.

—Demasiado para que yo pueda perdonarlo —confesó.

Lo dejaron así, sin más palabras.